

W. H. Auden

Las palabras y la palabra

El libro del Génesis ofrece dos versiones acerca de la creación del hombre. En el capítulo I, versículos 27 y 28, se dice: “Y creó Dios al hombre a imagen Suya, a imagen de Dios los creó, y los creó macho y hembra, y los bendijo Dios diciéndoles: Procread y multiplicaos”. En el capítulo II, versículo 7, dice: “Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado”; y en el versículo 18 da la razón para la creación de Eva, que no es biológica, sino personal: “No es bueno que el hombre esté solo”.

Es decir, todo ser humano es al mismo tiempo tanto un miembro individual de la especie biológica, *Homo Sapiens*, que tomó ser como resultado del proceso de selección natural, como una persona única en su género, con una perspectiva única en su género en el mundo, dotado de un estado consciente que es una Trinidad-en-Unidad. Como dijo San Agustín: “Estoy dispuesto y consciente; sé que soy y deseo; deseo ser y saber”. La condición humana se complica aún más por el hecho de que el hombre es una criatura generadora de historia y cultura, quien por su propio esfuerzo ha logrado transformarse aún después de que su evolución biológica fue completa. Por tanto, cada uno de nosotros ha adquirido lo que llamamos una “segunda naturaleza”, creada por la sociedad y cultura particular en la que nos tocó nacer. Es aquí donde la distinción



entre individuo y persona se hace confusa. Es correcto usar el vocablo individuo, no sólo como descripción biológica —un hombre, una mujer, un niño, una rubia, etc.— sino también como una descripción socio-cultural —un inglés, un francés, un alemán— hasta el grado en que nuestros pensamientos y comportamiento, no importa cuán personales los imaginemos, sean interpretados por un extraño como el resultado de un condicionamiento social. Por otra parte, la sociedad a la que pertenecemos puede ser legítimamente designada como una persona corporativa.

Como individuos, pues, hemos sido creados por medio de la reproducción sexual y el acondicionamiento social, y somos lo que somos no porque así lo hayamos elegido libremente, sino a causa del accidente de nuestro nacimiento y de la necesidad económica. Como individuos, no actuamos; exhibimos el comportamiento característico de la especie biológica y del grupo o grupos sociales a los que pertenecemos. Como individuos somos contables, comparables, sustituibles.

Como personas que podemos una y otra vez decir con verdad *yo*, somos llamados al ser —el mito de nuestra común descendencia, un solo ancestro, Adán, es una forma de decir esto— no debido a cierto proceso biológico sino por otras personas, nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos. Como personas, no somos miembros de una sociedad a querer o no, sino por que somos libres para formar comunidades, grupos de seres racionales, unidos, como dijo San Agustín, por el amor a algo diferente a nosotros mismos: Dios, la música, la filatelia, qué se yo. Como personas somos capaces de proezas, de elegir esto en lugar de aquéllo, y de aceptar responsabilidad por las consecuencias, cualesquiera que sean. Como personas, somos incontables, incomparables, insustituibles.

Toda consideración acerca de la naturaleza del lenguaje debe comenzar con la distinción entre el uso que hacemos de las palabras como clave de comunicación entre los individuos, y el uso que les damos para nuestro lenguaje personal. Muchos animales tienen claves de comunicación (señales auditivas, visuales u olfativas por medio de las cuales miembros individuales de la especie se transmiten información acerca del alimento, sexo, territorio, enemigos, etc.) esenciales para su supervivencia, y tratándose de animales sociales, como la abeja, esta clave puede llegar a ser extremadamente compleja; pero hasta donde sabemos, ningún animal se dirige a otro en forma personal, aunque hay animales domesticados, como los perros, que son capaces de responder cuando un ser humano los llama por su nombre. Podríamos decir que todos los signos animales son expresiones en tercera persona. El uso que nosotros hacemos de las palabras como código, tiene su mejor ejemplo en los libros de frases para turistas, que proporcionan el equivalente en otros



W.H. Auden

idiomas de frases tales como “¿Puede usted decirme el camino a la estación?”. Si yo hago esta pregunta, no es por vana curiosidad sino porque es esencial para mí saber la respuesta si es que quiero llegar a tiempo a tomar el tren. El individuo al que hago la pregunta no tiene ningún interés personal en mí, ni yo en él. Una vez que he preguntado, y él ha contestado, dejamos de existir uno para el otro. Por lo que a ambos toca, podríamos ser cualquiera otra persona. Sucede que en el idioma inglés, la convención gramatical indica el uso de la segunda persona, tú (you), y la primera persona, yo (me), en una frase como la anterior, pero esto es meramente convencional. Se podría obtener el mismo resultado usando la tercera persona, y en algunos idiomas así se hace bajo las circunstancias anteriores. Por ejemplo, en el italiano, cuando uno se dirige a una persona con la que no se tiene relación muy personal, se hace en la tercera persona, o sea ‘lei’.

Cuando yo estoy hablando en mi propio código lingüístico, desde antes sé exactamente lo que voy a decir: las palabras no son en ningún sentido mías; y dado el caso de dos grupos lingüísticos con la misma forma de vivir y las mismas necesidades sociales, es posible la traducción exacta de un idioma a otro. Si una cultura tiene ferrocarril, tendrá que haber una palabra que signifique ‘estación’. Si usáramos las palabras sólo como una clave de comunicación, parece entonces probable que, como sucede con los animales, la especie humana tendría solamente un lenguaje con variaciones dialecticas que a lo sumo serían como las del canto del pincón.

Pero como personas somos capaces de un lenguaje propiamente dicho. Mediante el lenguaje, una persona única en su género se dirige a otra persona única en su género y lo hace voluntariamente: si lo deseara, podría guardar silencio. Hablamos como personas porque deseamos abrirnos uno al otro y deseamos compartir nuestras experiencias, y no porque lo consideremos necesario, sino porque lo disfrutamos. Cuando hablamos realmente, no tenemos a nuestra disposición las palabras; tenemos que encontrarlas, y no sabemos exactamente lo que vamos a decir sino hasta que lo hemos dicho, y decimos y escuchamos algo nuevo, que nunca se ha dicho ni escuchado antes. He aquí tres aseveraciones que se han hecho sobre el lenguaje, y que merecen recordarse: la primera es de Karl Kraus; “el lenguaje es padre del pensamiento, no su servidor”. La segunda, de Lichtenberg, dice: “He sacado de la noria del lenguaje muchos pensamientos que yo no tenía, y que no podía expresar con palabras”. La tercera es de Rosenstock –Huessy:

“El lenguaje vivo siempre supera al pensamiento del hombre individual. Es más sabio que el pensador, que pretende que piensa cuando solamente habla, y al hacerlo confía fielmente en el

material del lenguaje; éste guía sus conceptos inconscientemente hacia un futuro desconocido.”

Para entender la naturaleza del lenguaje, debemos comenzar no con frases en la tercera persona, tales como “el perro salta”, sino con los nombres propios, el primero y segundo pronombres personales, y palabras de requerimiento y mandato, respuesta y obediencia. “Adán, ¿dónde estás? Señor, heme aquí. Sígueme. Hágase en mí según tu palabra”.

Los padres dan un nombre a cada uno de sus hijos. Entre las tribus primitivas, estos nombres, más que autóntimos, son con frecuencia tecnónimos, que definen la relación del niño con parientes vivos, o necrónimos, que definen su relación con los que han muerto. Pero sea cual fuere el sistema que se use para nombrarlo, el efecto en el niño es el mismo. Al oír que se le llama por su nombre, se da cuenta de que es una persona única en su género. Al decirlo sus padres, su nombre es prenominalmente la segunda persona del singular “vos”. Cuando él responde, su nombre es prenominalmente la primera persona del singular “yo”. La segunda persona precede a la primera: respondemos y obedecemos antes de ser capaces de requerir y mandar. En las sociedades modernas, tenemos nombres familiares, que definen nuestra relación tanto hacia los muertos como hacia los vivos, y nombres que son autóntimos, que pertenecen dentro de nuestra generación a nosotros exclusivamente. En una misma familia, nunca se da el mismo nombre a dos hijos.

Entre los cristianos, es costumbre dar al niño el nombre de un santo. El santo no tiene relación biológica con el niño: no es un ancestro. Al nombrar al niño, los padres declaran que él no solamente es su hijo, una extensión de ellos mismos, sino que también es hijo de Dios, una nueva creación.

A lo largo de la vida, nuestra existencia está profundamente influenciada por nombres: nombres de personas que conocemos y a quienes amamos; nombres de personajes, ya sea históricos o ficticios, que representan lo que para nosotros significan la bondad, la justicia, el valor; nombres de científicos que han influido en la formación de nuestro concepto de la vida y el mundo. En verdad podría uno decir: “Dame una lista de los nombres en tu vida, y te diré quién eres”.

Y no son solamente los nombres de seres humanos los que tienen importancia para nosotros. Es nuestro derecho y nuestro deber, como lo fue de Adán, dar nombre a todas las cosas; y a toda cosa o criatura que despierta nuestro afecto, deseamos darle un nombre que le sea propio. Aún en el caso de nombres genéricos, solamente las flores y animales a los que podemos nombrar tienen realidad para nosotros. Thoreau lo expresó así: “Con el conocimiento del nombre se produce un reconocimiento y conocimiento de las cosas que es más distintivo”.



Los nombres propios, al designar seres que son únicos en su género, no pueden ser traducidos. Por eso, al traducir una novela alemana, cuyo héroe se llama Heinrich, el traductor deja el nombre tal como es; no le dará la traducción hispánica de "Enrique".

El nombre de un ser humano lo designa tanto como individuo y como persona; por esta razón el nombre tiene género femenino o masculino. Pero el primer y segundo pronombre personales, que usamos al dirigirnos uno a otro como personas, no tienen género. El tercer pronombre personal sí tiene género y por tanto, estrictamente hablando, es impersonal. Al hablar de alguien que no se encuentra presente, es gramáticamente conveniente decir él, o ella, pero si al hacerlo estamos pensando en él o en ella, no es Juan o Marta, los estamos considerando como individuos, no como personas.

Siempre que usamos los pronombres tú y yo sintiendo su significado, no en una forma meramente convencional, ponemos un característico tono de sentimiento en su pronunciación.

El *sentimiento-tú* es un sentimiento que atribuye responsabilidad. Si un chico dice a una chica "tú eres hermosa", y lo está sintiendo así, él está afirmando que ella, en parte cuando menos, es responsable de su apariencia física: ella no es mera-

mente el resultado de una afortunada combinación de genes. Si un hombre dice a alguien que lo ha injuriado: "Yo te perdono", está afirmando que el otro no es ni un lunático ni cosa parecida, sino una persona que sabía lo que estaba haciendo y a quién lo hacía.

Similarmente, el *sentimiento-yo* es de aceptación de responsabilidad. Al decir "yo te amo", digo que acepto la responsabilidad de mi sentimiento sin importar sus causas o su origen; no soy la víctima pasiva e indefensa de la pasión. Podríamos comparar el *sentimiento-tú* y el *sentimiento-yo* a la sensación de encontrarse en medio de un relato con un pasado personal para recordar y un futuro personal por realizar.

Como dije antes, es característico de las frases clave el hecho de que existen sus equivalentes en todos los idiomas. Las fallas de comunicación pueden deberse a simple ignorancia y mal entendimiento. Al intentar preguntar en alemán el camino a la estación, puedo decir *Hof*, que significa granja, en lugar de *Banhof*. Y si me encuentro en una ciudad grande, es posible que el individuo a quien estoy preguntando me de indicaciones erróneas. Pero como somos dos extraños, sin interés personal uno en el otro, por lo general puedo asumir que él creía que su respuesta era correcta: excluyo la posibilidad



de una mentira deliberada de su parte, porque no puedo imaginar qué motivo podría tener para engañarme.

La *lengua*, (forma personal del lenguaje), presenta problemas mucho más difíciles. Aun cuando dos personas comparten el mismo idioma, ninguna de ellas lo emplea exactamente en la misma forma: lo que dice el que habla a la luz de su propia experiencia, debe ser interpretado por el que escucha a la luz de la suya propia, y estas experiencias no son las mismas. Así, todo diálogo constituye una proeza de traducción. Rosenzweig lo dijo así:

“Traducir significa servir a dos amos —algo que nadie puede lograr. Por tanto, como todo aquello que en teoría nadie puede hacer, en la práctica se convierte en algo que todo mundo hace. Todos deben traducir, y de hecho todos lo hacen. Todo el que habla está traduciendo su pensamiento para la comprensión que espera del otro, no de un “otro” en general, sino de este *otro* en particular que tiene al frente y cuyos ojos se abren con avidez o se cierran de aburrimiento. El que escucha traduce las palabras que llegan a sus oídos a su propio lenguaje. La imposibilidad teórica de la traducción puede significar para nosotros únicamente que, en el curso de lo “imposible” —compromisos necesarios que en su secuencia forman el material de la vida— esta

imposibilidad teórica nos dará el valor de una modestia que exigirá entonces de la traducción simplemente lo que debe hacerse, no algo imposible. Así pues, al hablar de escuchar, el *otro* no tiene que tener mis oídos o mi boca, lo cual haría innecesario no sólo traducir, sino también hablar y escuchar. Lo que es necesario no es ni una traducción tan lejos de serlo que sería el original —lo que eliminaría al que escucha— ni una traducción que en efecto es un nuevo original —lo que eliminaría al que habla.”

En el caso de frases clave, no sólo puedo asumir que no se me está mintiendo, sino también que una falla en la comunicación pronto será evidente: o llego a la estación, o no llego. Pero al comunicarnos como personas, el interés propio, la malicia, etc., con frecuencia nos obligan a mentir deliberadamente, y en la mayoría de los casos, la mentira no puede ser comparada o refutada empíricamente. Si un chico dice a una chica “te amo”, ella tendrá que creerlo, dudarlo, o negarlo. “Creencia, duda, negación”, dijo Pascal, “son para el ser humano lo que la carrera es para el caballo”. Sin embargo, debemos creer antes de que podamos aprender a dudar y negar. Despojada de sus instintos innatos, la especie humana tiene que guiarse por fe. Si un niño empezara por dudar todo lo que le dicen sus padres, nunca aprendería a hablar. Mentir, aun con la mejor de las intenciones, es un pecado mortal porque cada vez que decimos a alguien una mentira, repito, aún con la mejor de las intenciones, no solamente perdemos para siempre el derecho de que crea en nosotros, debilitamos también su fe en la humanidad y en el lenguaje hablado. No es por nada que a Satanás se le llama el Padre de la mentira.

Dice Santayana que el escepticismo es la castidad del intelecto. De acuerdo. Pero una castidad que no está fundada en una profunda reverencia hacia el sexo, no es más que mojigatería de solterona.

Otros malos usos que se dan al lenguaje son a la larga quizá más dañinos que la mentira deliberada. El que miente deliberadamente sabe lo que está haciendo: mentir puede corromper su corazón, mas no su intelecto o el lenguaje que usa para mentir. Pero cuando usamos palabras para fines a los que es inaplicable el juicio cierto/falso, corrompemos nuestro intelecto y nuestro lenguaje al igual que nuestros corazones.

Por ejemplo, puede darse el caso de que desemos hablar no porque creamos tener algo importante que decir, sino porque tememos al silencio o tememos que nadie se fije en nosotros. Y podemos escuchar o leer las palabras de otros, no con la intención de aprender algo, sino porque estamos aburridos y queremos matar el rato. La charla en reuniones “para tomar la copa”, y el periodismo en sentido peyorativo, son dos aspectos de la misma enfermedad; son lo que la Biblia llama palabras



vanas, por las que tendremos que responder el Día del Juicio. Puesto que en realidad el hablantín no tiene nada que decir, y el periodista no tiene nada que escribir, a ninguno de ellos les importa en realidad qué palabras usan. Consecuentemente, no pasa mucho antes de que se olviden los significados exactos de las palabras y sus relaciones gramaticales precisas, y a la larga, sin saberlo, están hablando y escribiendo necedades.

Este tipo de corrupción del lenguaje ha sido estimulado enormemente por la educación masiva y por los medios de comunicación masivos. Hasta hace poco, la mayoría de la gente hablaba el lenguaje de la clase social a la que pertenecía. Su vocabulario era quizá limitado, pero lo había aprendido directamente de sus padres o vecinos; sabían el significado correcto de las palabras que usaban, y no intentaban usar otras. Actualmente, podría yo decir que nueve décimas partes de la población no conoce el significado del treinta por ciento de las palabras que usa. Así, es posible oír que alguien que se siente enfermo diga "estoy nauseabundo"; que el crítico de una novela de espionaje la describa como "enervante", o que una estrella de televisión comente que sus patrocinadores son "muy integrales".

Desde luego que el arte de la conversación es esencial para la sociedad civilizada, y si el lenguaje vano se ha convertido en un problema de nuestro tiempo, se debe a que el arte de la conversación ya

no se considera como algo que se deba aprender. Cuando pequeños, no conocemos más sociedad que la de los íntimos (padres, nanas, hermanos); es al hacernos mayores que nos encontramos con extraños, algunos de los cuales pueden llegar a ser nuestros amigos íntimos en el futuro, otros que serán apenas conocidos, y otros a los que nunca volveremos a ver, y es necesario aprender que no podemos hablar a los extraños, o si a eso vamos, al público, en la misma forma en que hablamos con nuestros íntimos. Una de las peores características de la sociedad actual, es su pueril indiscreción al no dar importancia a esta diferencia. Tanto en el curso de una conversación, como en los libros que se escriben en la actualidad, la gente está demasiado dispuesta a desvestirse frente a completos extraños.

Si bien es realmente una bendición que el hombre ya no tenga que ser rico para disfrutar las obras maestras del pasado, ya que puede adquirirlas en ediciones baratas, reproducciones y discos fonográficos, accesibles a todos (menos a los muy pobres) el mal uso de esta accesibilidad —que es muy frecuente— la puede convertir en una maldición. Todos nos sentimos tentados a leer más libros, mirar más cuadros, escuchar más música, de la que podemos asimilar; y el resultado de esta glotonería no es una mente culta, sino una mente de consumo; aquello que miró, escuchó, leyó, se olvida inmediatamente, sin dejar más rastro que el que le dejó el periódico de ayer.

Aún más mortífero, es el uso de las palabras para lo que llamaremos Magia Negra. Al igual que la Magia Blanca de la poesía, la Magia Negra desea hechizar. Pero mientras que el poeta se hechiza a sí mismo con el objeto de su inspiración, y solamente desea compartir su encantamiento con otros, la frialdad del Mago Negro es completa. No tiene hechizos que compartir con otros, los usa para asegurar su dominio sobre los demás, obligándolos a hacer su voluntad. No pide una respuesta libre a su hechizo; exige un eco tautológico.

A través de los tiempos, la táctica del Mago Negro ha sido esencialmente la misma. En un hechizo, las palabras son despojadas de su significado y reducidas a sílabas o ruidos verbales. Esto puede hacerse literalmente, como cuando los brujos recitaban el Padre Nuestro empezando por el final, o repetían la misma palabra una y otra vez en el tono de voz más alto posible, hasta que la convertían en un mero sonido. Para millones de personas en la actualidad, palabras tales como comunismo, capitalismo, imperialismo, paz, libertad, democracia, han dejado de ser palabras cuyo significado puede examinarse y discutirse, para convertirse en ruidos buenos o malos a los que se responde tan involuntariamente como un reflejo.

No importa que la magia se esté utilizando simplemente para el engrandecimiento del mago mismo, o si, como suele ser el caso, para pretender

servir a una buena causa. En realidad, mientras mejor sea la causa a la que proclama servir, mayor es el daño que hace. La mayoría de los anuncios comerciales, aunque repugnantemente vulgares, son relativamente inofensivos. Si la publicidad me acondiciona para que yo compre cierto tipo de jabón de tocador, y yo sé que la ley prohíbe la venta de sustancias que pueden intoxicarme o dejarme más sucio que antes, a mi cuerpo y a mi alma no va a afectarles la marca que use. Pero la propaganda política y religiosa es harina de otro costal, porque la religión y la política son áreas en las que es esencial la elección personal. Dijo San Agustín: "Dios, quien nos creó sin nuestra ayuda, no nos salvará sin nuestro consentimiento". La publicidad, como la espada, pretende eliminar el consentimiento o el desacuerdo. En la actualidad, el lenguaje mágico ha substituido casi completamente a la espada.

Puedo imaginarme una situación como la siguiente, aunque sé que no puede ocurrir, a Dios gracias: Sucede que un grupo de piadosos multimillonarios ha decidido comprar tiempo de radio y televisión, en un momento en que la iglesia dispone de un grupo de brillantes evangelistas demagogos, que se saben todos los trucos del oficio para despertar interés. El público, bombardeado por sermones, películas y comedias musicales de tema religioso, se convence de que la onda es ir a la iglesia, y al poco tiempo todas las iglesias están llenas cada domingo. ¿Cuál sería el significado de esto? Ni más ni menos que el mismo que tenían las conversiones en masa a que se forzaba a los bárbaros en los siglos ocho y nueve.

Pero cuando menos, el hechicero negro no puede utilizar la poesía para sus fines; si uno responde a un poema, la respuesta es consciente y voluntaria. Y parece ser que un poema no puede ser reducido a una palabra vana. La novela, aun la buena novela, puede leerse ociosamente sólo para matar el tiempo; la música, aun la más grandiosa, puede llegar a convertirse en un ruido de fondo. Pero nadie ha aprendido todavía la forma de *consumir* un poema. Si uno puede soportarlo, puede escucharlo únicamente en la forma en que su autor intentó que se escuchara.

La poesía es el lenguaje personal en su forma más pura. Su preocupación es únicamente con el ser humano como persona única en su género. No puede ser el tema de una poesía lo que el hombre hace por necesidad o por segunda naturaleza como miembro individual de una sociedad, porque la poesía se expresa gratuitamente. Lo dijo Paul Valéry: "En la poesía, no puede ser bien dicho todo lo que debe decirse". Es esencialmente la palabra enunciada, no escrita. A menos que uno pueda escuchar el sonido de las palabras, no puede compenetrarse de un poema que está leyendo, y su significado es el resultado de un diálogo entre las palabras del poema y la respuesta de quien lo escucha. No solamente es

cada poema único en su género, sino que su significado es único en su género para cada persona que responde a él. Hasta donde puede considerarse a la poesía como medio de enseñanza, es la clase de conocimiento implícita en la frase bíblica "entonces Adán conoció a su mujer" —conocer y ser conocido son inseparables. Decir que la poesía se ocupa en última instancia sólo de personas humanas, de ninguna manera significa que siempre se refiere manifiestamente a ellas. Estamos siempre íntimamente ligados a naturalezas no-humanas, y a menos que tratemos de entender y relacionarnos con lo que no somos, nunca entenderemos lo que sí somos. El poeta tiene que preservar y expresar por medio del arte lo que la gente primitiva sabía por instinto, es decir que, para el hombre, la naturaleza es un reino de analogías sacramentales. Como escribió Emerson:

El hombre es un analogista, y estudia relaciones en todos los objetos. Está colocado en el centro de los seres, y pasa un rayo de relación de todo ser hacia él. Y así como no puede entenderse al hombre sin estos objetos, así no pueden ser entendidos estos objetos sin el hombre. Todos los hechos de la historia natural, tomados uno a uno, no tienen valor alguno, sino que son tan estériles como un sexo único. Mas unidos a la historia humana, están llenos de vida. Debido a esta radical correspondencia entre las cosas visibles y los pensamientos humanos, en la poesía todos los hechos espirituales se representan por medio de símbolos naturales.

Cuando decimos que un poema es una expresión personal, no queremos decir que es un acto de auto-expresión. La experiencia que el poeta intenta incorporar a un poema es una experiencia de una realidad común a todos los hombres; es suya únicamente por el hecho de que esta realidad es percibida por él desde una perspectiva que sólo él puede ocupar. Aquéllo que él providencialmente ha sido el primero en percibir, está obligado a ser compartido con otros. George MacDonald nos da una explicación teológica de esto:

En todo hombre existe una cámara interior de vida peculiar a la que sólo Dios puede entrar. Hay también una cámara en Dios mismo a la que nadie puede llegar sino él, el hombre peculiar, —y de esa cámara interior el hombre debe traer a sus hermanos la revelación y la fuerza. Eso es para lo que fue creado: para revelar las cosas secretas del Padre.

Otra vez, aunque el poeta habla como persona, no es un ángel incorpóreo, sino un miembro individual de la especie humana, nacido en determinado tiempo y en determinado lugar. Toda obra de arte, por única en su género que sea, cuando es genuina



exhibe dos cualidades: permanencia y momentaneidad. Al decir permanencia me refiero a su continuada relación con la experiencia humana aun cuando su autor y la sociedad a la que perteneció hayan pasado a la historia tiempo atrás. Al decir momentaneidad, me refiero a aquellas características del lenguaje, estilo, presuposiciones acerca de la naturaleza del universo y del hombre, etc., que permiten a un historiador del arte dar cuando menos una fecha aproximada de su creación.

El arte debe manifestar lo personal y lo elegido: el estudio de lo impersonal y lo necesario corresponde a la ciencia. Aunque el objeto de su preocupación es la necesidad, la ciencia es una actividad humana tan gratuita y tan personal como el arte. Es un mito suponer que las ciencias pueden decirnos, independientemente de nuestra mente, cómo son verdaderamente las cosas.

Sin embargo, el conocimiento científico no es recíproco, como lo es el conocimiento artístico, sino que toma un solo camino: lo que el científico conoce no puede conocerlo a él. Por tanto, para los propósitos de la ciencia, las palabras, por abstractas que sean, son demasiado personales como para constituir un lenguaje adecuado. La ciencia no pudo descubrir su verdadera naturaleza hasta que hubo inventado un lenguaje universal impersonal, del que

se ha eliminado todo vestigio de poesía, especialmente en el caso del álgebra, de la que dice Whitehead:

El álgebra invierte la importancia relativa de los factores en el lenguaje ordinario. Es esencialmente un lenguaje escrito, y procura ejemplificar en su estructura escrita los patrones que pretende transmitir. El patrón de los signos en el papel es un particular ejemplo del patrón que deberá ser transmitido al pensamiento. El método algebraico es la mejor forma de llegar a la expresión de la necesidad por razón de su reducción de accidente al carácter fantasmagórico de la variable real.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento definen las actividades de Dios como Creador y Sus relaciones con el hombre, y lo expresan en lenguaje humano:

Dios dijo: Hágase la luz.

Porque así como la lluvia y la nieve bajan de los cielos, y no retornan, sino que riegan la tierra y la hacen germinar para que brote la semilla, así mi palabra saldrá de mi boca. Y no volverá a Mí vacía, sino que logrará aquéllo que Yo deseo, y prosperará en aquéllo a donde Yo la envié.



No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca del Señor.

Como lo indica el uso del singular, estas afirmaciones no son literales, sino analógicas. Como seres humanos, hablamos con frases compuestas de cierto número de palabras, y debemos enunciarlas en un idioma determinado. Así hablan los dioses en *La Iliada*, tanto entre ellos como con los hombres. Discurren, y lo hacen en griego. Pero cuando el Elohista hace que Dios diga a Abraham "toma a Isaac, tu único hijo, a quien amas", no debemos por eso pensar que el idioma de Dios es el hebreo, o que Jehovah, como Zeus, tiene cuerdas vocales que emiten sonidos articulados.

¿Qué es entonces lo que pretende establecer la analogía?

Primero, que Dios no es un objeto, sino que es una persona, no un concepto con un nombre. Esto es, niega que Dios es el dios de la filosofía griega, *To Theon*, a quien sólo se puede contemplar, y que no puede hablar ni puede hablársele. Dice Rosenstock-Huussy: "Acercarse a Dios como a un objeto de discusión teórica significa frustrar la búsqueda cuando comienza. Nadie puede mirar a Dios como si fuera un objeto. El es el poder que nos hace hablar. El pone las palabras de vida en nuestros labios". O como lo dice Ferdinand Elmer: "Hablar de Dios

fuera del contexto de la oración es tomar Su nombre en vano".

En segundo lugar, la analogía establece que Dios actúa ejerciendo autoridad o poder, no la fuerza o la violencia: la creatura tiene un papel que jugar en su creación. Si alguien me tira al suelo, es un acto de fuerza; de ninguna manera puede decirse que mi caída es un acto mío. Por otra parte, si alguien me ordena que me tire al suelo, puedo o no obedecer la orden. Puedo obedecerla por una de dos razones:

1. Por una irresistible sensación de miedo a las consecuencias de mi desobediencia. En este caso, estoy siendo forzado a obedecer, y el acto no es mío.
2. Porque acepto la autoridad de aquel que da la orden. Creo que es más sabio que yo, y que desea mi bien. En este caso, tirarme al suelo es un acto mío.

En tercer lugar, si Dios es la palabra, entonces los hombres tienen prohibida toda idolatría pagana de las palabras. La maldición de Babel no está en el hecho de que hay muchos idiomas diversos —la diversidad en sí, es buena— sino en la idolatría de cada grupo lingüístico hacia su propio idioma, en la actitud implícita de llamar a todo aquel que no habla griego un bárbaro, o en decir, como lo hizo un francés: "La gran ventaja del idioma francés es que las palabras se producen en él en el mismo orden en que uno las piensa". Es significativo que, cuando el Verbo se hizo carne, hablaba un idioma poco conocido y poco estimado, el arameo. Es decir que no hay, por decirlo así, un lenguaje sagrado: la verdad puede decirse en cualquier idioma. Más aún, la verdad debe ser dicha a todos los hombres. No está destinada a ser una posesión esotérica de unos cuantos elegidos.

Finalmente, si en realidad el Verbo se hizo carne, entonces se exige al hombre concordancia entre sus palabras y su vida. Sólo aquel que es veraz puede hablar con la verdad. La verdad no es un ideal, y no es abstracta, sino concreta.

Dios no envía un mensaje en lugar suyo. Viene a dar su mensaje en persona, y además, su mensaje no es otra cosa que El mismo.

La "Palabra" que él envía es una enunciación sólo en el sentido de que procede de El, mas no en el sentido de que lo enunciado es otra cosa que El mismo.

Aquello que El nos comunica no sería El mismo a menos que aquello que es comunicado procediera de El en El mismo. Así, la palabra de Dios no sólo es con Dios; la Palabra es Dios.

El Dios cristiano no es tanto trascendente como inmanente. El es una diferente realidad a la de ser Quien es presente a ser, mediante cuya presencia El hace ser al ser.

(Leslie Dewart: *El Futuro de la Creencia*)



Crear esto es poner en tela de duda el arte de la poesía y todas las artes. El artista es un hacedor, no un hombre de acción. Pueden existir ciertas falsedades del corazón que corrompen la imaginación a tal grado que la hacen impotente para crear, pero no hay una relación comprensible entre la calidad moral de la vida de un hacedor y el valor estético de sus obras. Al contrario, todo artista sabe que la fuente de su arte es aquéllo que Yeats llamó "la puerca miscelánea del corazón", sus lujurias, sus odios, sus envidias; y que Goethe hablaba a nombre de todos los artistas cuando escribió:

El fuego de la poesía en mí se extinguía
 Cuando era bueno y pretendía mirar;
 Mas alta al cielo se levantó la flama
 cuando era malo, y pretendí volar.

Cuando se aparecían al hombre los dioses paganos, su divinidad era inmediatamente reconocible por el terror y asombro que inspiraban a los mortales que los contemplaban. Los poetas precristianos fueron aclamados como voceros de los dioses porque su lenguaje era el lenguaje del *mágico hechizo*. Cristo, sin embargo, se niega a usar de encantamientos: El exige del hombre la Fe.

Puesto que el Verbo se hizo carne, es imposible imaginar a Dios hablando en otra forma que no sea

la prosa más sobria. Si Blake tenía razón al decir que Milton, sin saberlo, pertenecía al partido del demonio; esto se debe a que aun cuando es perfectamente posible creer que Lucifer hable en un estilo muy elevado, poner en labios de Dios discursos admirables equivale a convertirlo en un Zeus, pero sin los vicios de este dios pagano. Como dice correctamente el pietista alemán Hamann: "Si al decir Dios 'Hágase la luz' hubieran empezado a aplaudir los ángeles, seguramente Dios hubiera dicho: '¿Qué, dije algo muy bobo?'"

En consecuencia, el teólogo cristiano se encuentra colocado en la difícil situación de tener que usar palabras que son por naturaleza antropofomórficas, para refutar conceptos antropofomórficos de Dios.

Sin embargo, cuando tales conceptos antropofomórficos son afirmados verbalmente, está obligado a hablar: no puede refutarlos con el silencio. Las aseveraciones teológicas dogmáticas deben ser comprendidas no como proposiciones lógicas ni como pronunciados poéticos: más bien deben comprenderse como los cuentos chuscos: tienen un significado que no puede encontrar el que se esfuerza demasiado.

El poeta, cuya inquietud no es hacia el Creador sino hacia sus creaturas, se encuentra en una posición menos delicada, pero para él también es problemática la relación entre las palabras y la verdad. Podría uno decir que la metáfora menos inadecuada para la verdad es la palabra *silencio*, y que las palabras pueden dar testimonio del silencio al igual que las sombras dan testimonio de la luz. Tarde o temprano, todo poeta descubre la verdad del comentario de Max Picard:

"El lenguaje del niño es el silencio transformado en sonido.

El lenguaje del adulto es sonido que busca el silencio".

Podríamos decir que el único testimonio que la poesía podría dar del Dios vivo es indirecto y negativo. Los dioses del politeísmo eran falsos, pero la poesía les atribuyó una cualidad que comparten con el Dios vivo: eran personas que podían hablar con el hombre, y a quienes el hombre podía responder. La poesía no puede comprobar la existencia de Dios. Lo más que puede hacer es decir: "Si El existe, no puede ser el Dios abstracto de los filósofos". El testimonio de la ciencia es complementario. Sólo puede decir: "Si Dios existe, no puede entonces ser un Zeus, sin los vicios de Zeus, que impone sus leyes al hombre como los soberanos imponen leyes a sus súbditos". Como lo expresó Wittgenstein:

La ética, cómo la lógica, debe ser una condición del mundo.

Sean las que fueren las herejías en que pueda caer por la naturaleza misma de su obra, un artista

no puede llegar a ser un gnóstico maníqueo, ni un científico puede llegar a ser un Pelagian. Como lo escribió Simone Weil:

Unicamente la ciencia, y sólo en su rigor más puro, puede dar un contenido preciso a la noción de providencia.

El hombre fue creado por Dios en forma de una creatura que engendra cultura, dotado de imaginación y razón, y capaz de fabricación artística e investigación científica, de manera que el decir que Cristo pone al arte en tela de duda no significa que el arte está prohibido al cristiano como le está prohibido al platonista, sino que significa que la naturaleza de la imaginación y la función del artista tiene una visión distinta de la de los tiempos pre-cristianos. En una cultura mágico-politeísta se creía que todo evento era causado por poderes personales, que pueden ser comprendidos y hasta cierto punto controlados por la palabra, y lo más cerca que puede llegar el hombre al concepto de necesidad se encuentra en el mito de las diosas del Oráculo, cuyo capricho determinaba el destino del hombre. En una cultura tal, por tanto, los poetas son los teólogos, los voceros sagrados de la sociedad: son ellos quienes enseñan los mitos y rescatan del olvido las grandes proezas de los héroes ancestrales. Aquello que excita la imaginación, es decir, lo que es manifiestamente extraordinario y poderoso, se identifica con lo divino. El poeta es aquel cuyas palabras igualan a sus temas divinos, porque tiene inspiración divina. La venida de Cristo en la forma de un sirviente que puede ser reconocido sólo por los ojos de la fe, no por los ojos de la carne, pone punto final a todas estas pretensiones. La imaginación deberá ser considerada como una facultad natural, cuyo tema es el mundo fenomenal, no el Creador del mundo. Para un poeta que ha nacido y crecido dentro de una sociedad cristiana, es perfectamente factible escribir una poesía con un tema cristiano, pero no escribe sobre materia de fe, sino que se interesa en un aspecto de un hecho cultural humano como cualquier otro, en este caso la religión. Su misión no es convertir al mundo.

El contraste entre el contenido de las narraciones del Evangelio, que proclama ser la palabra de Dios, y la apariencia externa y el nivel social de sus personajes debe acabar, si se acepta esta proclama, con las suposiciones del esteta clásico. Esto ha sido demostrado por el profesor Auervach en su extraordinario libro, *Mimesis*, en donde nos dice, hablando de la negación de Pedro:

Tanto la naturaleza del conflicto, como su escenario, igualmente caen fuera completamente del dominio de la antigüedad clásica. Desde un punto de vista superficial, se reduce a una acción policial y sus consecuencias; sucede enteramente en

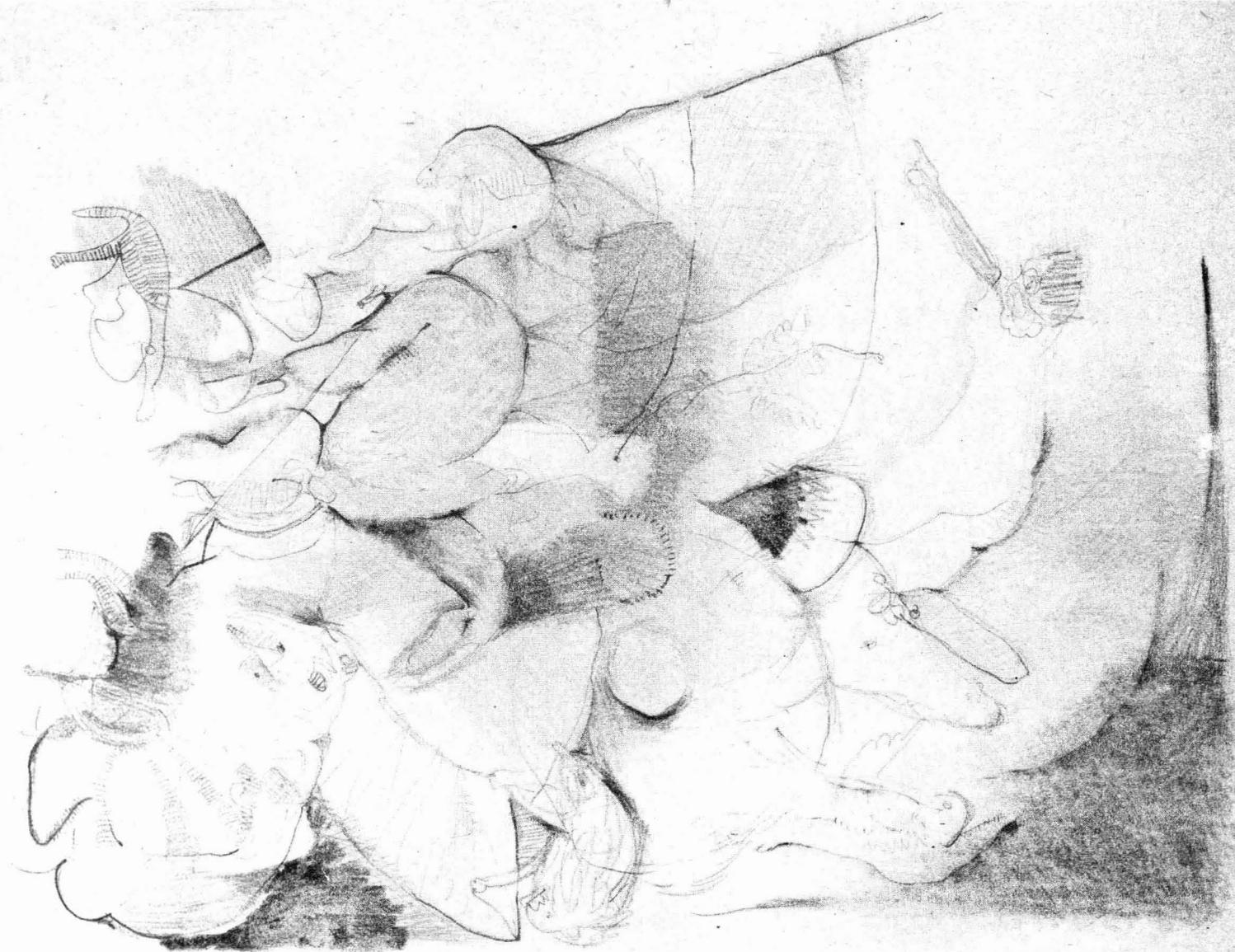
tre hombres y mujeres del pueblo, personas común y corrientes; en términos antiguos, un asunto así podría considerarse únicamente como una farsa o una comedia. Una escena como la de las negaciones de Pedro no encaja en ningún género antiguo. Es demasiado seria para comedia, demasiado común y contemporánea para ser tragedia, demasiado insignificante políticamente para la historia, y la forma que se le dio es de tal intermediación que no existe nada semejante en la literatura de la antigüedad. Esto puede juzgarse por un síntoma que a primera vista puede parecer insignificante: el uso de disertación directa. Los antiguos historiadores generalmente restringían el uso de la disertación directa a grandes y continuados discursos ante el senado o ante una asamblea popular, pero aquí, en la escena de la negación de Pedro, la tensión dramática del momento en que los actores se encuentran frente a frente ha sido provista de una intermediación comparada con la cual la esticométrica de la tragedia antigua se antoja altamente estilizada.

Los evangelios rompieron las convenciones clásicas, pero sería erróneo suponer que las substituyeron con principios estéticos positivos de algún tipo. Hicieron posible, y lo siguen haciendo, que el artista busque temas en áreas que hasta entonces habían sido ignoradas, pero la naturaleza de la imaginación del hombre, como la de su razón, no puede cambiar. Se excita solamente con aquello que le parece extraordinario, y puede ocuparse sólo de aquello que pueda hacer interesante al público. Por ejemplo, estoy seguro de que ni en ficción ni en poesía existe un bosquejo convincente de un santo. Parecería que la santidad, como sucede en El Quijote, sólo puede ser esbozada dentro de una comicidad indirecta.

Un evento descrito en el Nuevo Testamento que a la larga ha tenido una gran influencia cultural, es Pentecostés. La gracia concedida en aquella ocasión por el Espíritu Santo generalmente es llamada el Don de Lenguas. Probablemente sería más adecuado llamarla el don de oídos. Nunca he podido entender cómo los habladores desde Montanus hasta los Irvignitas, hayan podido interpretar esta historia en Hechos de los Apóstoles en el sentido de que el hacer ruidos verbales que nadie más podía entender era una comprobación de inspiración divina. Lo que sucedió en Pentecostés fue exactamente lo opuesto, o sea un milagro de traducción instantánea:

¿Todos estos que hablan, no son galileos? Pues, ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? los oímos hablar en nuestras propias lenguas la grandeza de Dios.

Podría uno decir que la maldición de Babel fue redimida, debido a que, por vez primera, los hom-



bres estaban dispuestos, de todo corazón, a hablar y escuchar, no solamente a los de su propia clase, sino a perfectos extraños.

El resultado inmediato de Pentecostés, cuando la Iglesia fue llamada a convertir al mundo, fue que las Escrituras hubieron de ser traducidas a otros idiomas. En el mundo clásico, la traducción era algo relativamente raro; la mayor parte de las personas educadas hablaban el latín y el griego, y no tenían interés alguno sobre lo escrito en otros idiomas. Cuando cayó el imperio, la traducción de las Escrituras a idiomas considerados bárbaros fue seguida, después de un tiempo, por la de obras literarias y filosóficas, de tal manera que en la actualidad no existe literatura producida por un grupo lingüístico que no haya sido profundamente influenciada por la de otro. Todo aquel que ama el lenguaje sabe que no puede entender enteramente su lengua nativa sin tener un conocimiento adecuado de cuando menos dos idiomas más, así como uno no puede entender a su propio país sin haber vivido cuando menos en otros dos.

El lenguaje, como tal, concierne a todo ser humano, todo el tiempo, pero los artistas, que lo usan como medio de expresión para su arte, es decir, los poetas y novelistas, tienen problemas especiales muy suyos, que varían según el tiempo y

el lugar. Por ejemplo, en algunas culturas como las sociedades politeístas, y durante algunas épocas históricas como la romántica, los artistas literarios recibieron un rango que los hizo caer en la tentación de darse más importancia de la que ameritaban. Actualmente, el peligro es que no tomen su arte con la seriedad que debieran hacerlo, y esta reacción a su rebajada importancia puede tomar dos formas: en un intento de recuperarla socialmente, pueden tender a convertirse en propagandistas de una "buena causa", es decir, pueden "comprometerse" como se dice ahora. Nuestro mundo está lleno de cruda maldad y espeluznante miseria, y siempre lo ha estado, pero es un fatal error y una tremenda sobrestimación de la importancia del artista en el mundo creer que podemos hacer algo para erradicar una o aliviar la otra con la creación de obras de arte. La historia política y social de Europa seguiría siendo la misma aunque no hubieran existido Dante, Shakespeare, Goethe, Tiziano, Mozart, Beethoven, etc. Por lo que toca a males sociales, las únicas armas efectivas son dos: acción política y reportaje veraz de los hechos, es decir, periodismo en el verdadero sentido de la palabra. El arte es impotente.² Lo más que un artista puede esperar hacer por sus lectores contemporáneos, es, como dijo el Dr. Johnson, ayudarles a disfrutar un poco más su vida



o a sentirla un poco más segura. Más aún, recordemos que aunque los grandes artistas del pasado no pudieron cambiar el curso de la historia, es sólo a través de su obra que nosotros podemos compartir el pan con los que han muerto, y que una vida completamente humana no es posible sin la comunicación con los muertos.

De ser esto cierto, y yo creo que lo es, la reacción opuesta sería imaginar que si el arte no tiene efectividad como acción sería, hay que permitir que sea acción frívola: en lugar de discursos políticos, inventemos acontecimientos. Pero el artista pop, al igual que su hermano "comprometido", olvida que el artista no es un hombre de acción, sino un hacedor, un fabricante de objetos. Si creemos en el valor del arte, podemos creer que es posible hacer un objeto, sea un poema épico o un epigrama de dos renglones, que el mundo siempre tendrá a mano. Aunque su probabilidad de éxito no es mucha, el artista no debe aspirar a menos. Hasta hace poco tiempo, esto parecía evidente en sí, porque toda fabricación se llevaba a cabo en la misma forma. Casas, muebles, herramientas, blancos, loza, vestidos de novia, etc., se hacían para durar y pasar de generación en generación. Esto ya no es así; tales cosas son ahora deliberadamente diseñadas para convertirse en obsoletas en unos cuantos años. Esto es posible, por deplorable que sea, debido a

que estas artesanías son hasta cierto punto necesarias: el hombre debe tener habitación, sillas, y lo demás. Pero las llamadas artes clásicas, que son puramente gratuitas —nadie tiene obligación de escribir o leer un poema o una novela— no pueden seguir este camino sin llegar a su extinción.

Al defendernos por perder el valor, consolémonos con las obras maestras del pasado, porque si algo nos enseñan es que los cambios sociales y tecnológicos no son tan fatídicos para una obra de arte como nos inclinamos a temer. Aún podemos comprenderlas y disfrutarlas, aunque nuestro mundo ya es muy diferente de los mundos en los que fueron creadas.

Ciertamente, el futuro parece sombrío, pero yo creo que es alentador el cambio en nuestra forma de pensar. Desde fines del siglo dieciocho y hasta hace muy poco, los científicos convencieron con éxito a la mayoría de la gente de que era correcto lo que ellos pensaban, o sea, como lo decía C. S. Lewis:

...por inferencias de nuestra experiencia-sensora (mejorada por instrumentos) podíamos conocer la realidad física fundamental más o menos en la misma forma en que un hombre puede conocer un país que no ha visitado mediante mapas, láminas y libros de viajes; y que en ambos casos la verdad sería una especie de reproducción mental de la cosa misma.

Bastantes de ellos fueron aún más allá y aseguraron que a fin de cuentas se llegaría a la conclusión de que todos los eventos mentales podrían reducirse a eventos físicos y conocerse en esta forma. Consecuentemente, nuestros ancestros vivían con el temor de que los descubrimientos científicos que se pudieran realizar acabarían con toda la sabiduría y las creencias tradicionales. Desde Copérnico a Darwin y a Freud, todo descubrimiento importante creó un irigote. Los conservadores se negaban a creer que hubiera verdad alguna en ellos, y los radicales llegaban a conclusiones teológicas y filosóficas que los descubrimientos en sí no ameritaban. Entre los artistas se produjeron dos tipos de reacción: algunos trataban de asemejarse lo más posible a los científicos, uniéndose bajo el tema "naturalismo"; otros apartaron por completo la vista de este mundo fenoménico que consideraban la morada de Satanás, y trataron de crear mundos puramente estéticos nacidos de sus sentimientos subjetivos.

Sin embargo, actualmente no hay razón que obligue a nadie a ser ya sea un naturalista doctrinario o un doctrinario esteta, porque los científicos han descubierto que el conocimiento objetivo de las cosas-en-sí no es asequible. Como ha dicho Werner Heisenberg:

Cuando hablamos de la imagen de la naturaleza dentro de la ciencia exacta de nuestro tiempo, nos referimos más bien a la imagen de nuestras



relaciones con la naturaleza. La ciencia ya no se enfrenta a ella como observador objetivo, sino que se considera como parte de esta acción recíproca entre el hombre y la naturaleza. El método científico que analiza, explica, y clasifica, ha tomado conciencia de sus limitaciones, que surgen del hecho de que la intervención de la ciencia altera y readapta el objeto de su investigación. En otras palabras, no pueden ya ser separados método y objeto. La visión científica del mundo ha dejado de ser una visión científica en el verdadero sentido de la palabra.

Qué gran asombro y espanto hubiera experimentado un científico del siglo XIX al asistir a una reunión donde leyera un tema Wolfgang Pauli. Neils Bohr, durante la discusión subsecuente, se expresó así:

Estamos de acuerdo todos en que su teoría es una locura. Lo que nos divide es si su extravagancia pueda ser suficiente para darle oportunidad de ser correcta. Mi opinión propia es que no lo es.

Parece ser que hemos llegado a un punto en que, si puede ser posible usar la palabra real, entonces el único mundo que es "real" para nosotros, como

mundo en el que todos, incluyendo a los científicos, nacemos, trabajamos, amamos, odiamos y morimos, es el mundo primario fenomenal tal como es, y ha sido siempre, percibido por nuestros sentidos, un mundo en el que el sol se mueve por el cielo de este a oeste, donde las estrellas cuelgan como candiles de la bóveda celestial, donde la medida de la magnitud es el cuerpo humano, y en que los objetos están en movimiento o en quietud.

Si esto fuere aceptado, es posible que los artistas puedan llegar a ser a la vez más modestos y más seguros de sí mismos, que puedan desarrollar tanto un sentido del humor respecto a su vocación, como un respeto por la que fue la más admirable de las deidades romanas, el dios Término. Ningún poeta producirá entonces la clase de obra que exige al lector que sea leída durante toda su vida con exclusión de todas las demás. El clamar ser "genio" será tan extraño como lo hubiera sido en la Edad Media, y podría llegarse hasta a un retorno, en manera más sofisticada, a la creencia de que el mundo fenoménico es un reino de analogías sagradas.

Pero todo esto es suposición. Mientras tanto, y pase lo que vaya a pasar, debemos seguir adelante como mejor podamos. Tengo la certeza de que hablo en nombre de muchos otros a la vez que en el mío propio, cuando expreso el consuelo que en mis horas de duda y desaliento he experimentado al pensar en el ejemplo que nos dejó, tanto como poeta y como ser humano, el hombre en cuya memoria fueron fundadas estas conferencias.

Notas

1 No estoy en posición de juzgar si la teoría del Dr. Bruno Bettelheim, de que el autismo en los niños se debe a una convicción de que sus padres desearían que no existiera es o no correcta. Pero es muy interesante el comportamiento lingüístico de los niños autistas que el Dr. Bettelheim describe en su libro *La fortaleza vacía*.

Uno de estos niños, llamado Joey, que con anterioridad había dejado de usar por completo los pronombres personales, comenzó a usarlos nuevamente después de un periodo de tratamiento, pero al revés. Se refería a sí mismo como tú, y al adulto con quien hablaba como "yo". Al seguir el tratamiento, pudo usar el "yo" correctamente, y pudo nombrar a algunos de los niños y a su terapeuta. Pero nunca usó nombres propios o pronombres personales al hablar directamente, y sólo usaba la tercera persona indirecta al referirse a ellos. Nunca se refirió a nadie por su nombre; los otros eran simplemente "esa persona"; después diferenció un poco: "la persona pequeña o la persona grande".

2 Un artista puede convertirse en una figura de importancia política únicamente en el caso de que sea perseguido personalmente por las autoridades, sean seculares o espirituales. Bajo gobiernos dogmáticos y autoritarios que pueden controlar todas las fuentes de información pública, es decir, sociedades en las que no existe el periodismo honrado, hay ocasiones en que un poeta o un novelista puede decir algo que escapa a la censura y que tiene verdadero impacto político porque el público no puede saber la verdad en ninguna otra forma, y adquiere autoridad moral por el hecho de que está arriesgando su seguridad personal al decirlo.